

BIBLIOTECA SELECTA

ANDERSEN

El último sueño del roble

*Ahora habla el rayo de sol
El bisabuelo ~ La pluma y el tintero
La familia dichosa ~ El gnomo y el hortera
El lino ~ El hombre de nieve
Leche de burra*



31

*mon Sopera
ma 95 Barcelona*

P
72-93
A3U

12 C
43 PC



00053645

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

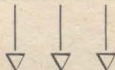
Barcelona 10 de abril de 1923.

IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
FRANCISCO DE P. PARES

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scio. Cane.

BIBLIOTECA SELECTA



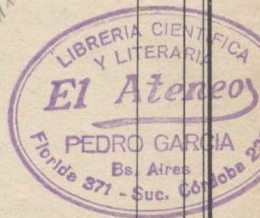
ANDERSEN

EL ÚLTIMO SUEÑO
DEL ROBLE

29.139



116x160



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

1898

EL ÚLTIMO SUEÑO DEL ROBLE

En la cumbre de una alta y empinada roca, frente a una selva que se extendía hasta la orilla del mar, elevábase, desafiando al cielo, un frondoso roble que contaba trescientos sesenta y cinco años de edad, no obstante lo cual manteníase altivo y lozano.

Durante el estío, las efímeras, insectos neurópteros que nacen, crecen, viven y mueren en el breve espacio de un día, revoloteaban alegremente en torno de la corona del roble secular.

Una vez, uno de estos minúsculos insectos, después de haber vagado entre una placentera zara-banda, posóse sobre una de las hojas del roble, y el árbol, al verlo, exclamó :

—¡ Pobre inocente ! Toda tu vida no dura más que un día. ¡ Cuán poco es, y qué triste !

—¡ Triste ! — respondió la efímera—. ¿ Qué significa esa palabra que oigo a veces pronunciar ? El sol brilla tan espléndida y maravillosamente, y

el aire es tan suave y tan grato, que me siento embriagada de placer.

—Sí, pero dentro de algunas horas todo se habrá acabado para ti, porque habrás muerto.

—¿Muerto? — exclamó la señora—. ¿Qué quiere decir esa otra palabra? ¿Has muerto tú?

—No, he vivido ya miles de días; en realidad, nuestros días son estaciones enteras. Pero, ¿cómo hacértelo comprender? Tu imaginación no puede comprenderlo.

—Efectivamente — respondió el insecto—, no me figuro lo que mil días pueden durar. ¿No es lo que se llama la eternidad? De todos modos, mi existencia cuenta ya mil momentos en que he sido feliz y he estado alegre. Y, cuando tú mueras, ¿sucumbirá también este divino universo?

—No — replicó el roble—; durará mucho más que yo.

—En ese caso nos encontramos en la misma situación, no habiendo entre nosotros otra diferencia que la de cálculo.

Y la efímera reanudó su alocada danza y se lanzó al espacio, divirtiéndose con el brillo de sus alas transparentes que brillaban como el más rico raso; respiraba a pulmón abierto el aire embalsamado por las emanaciones de la madre selva, del saúco, de la hierbabuena y por el olor del heno cortado, sintiéndose como embriagada a fuerza de respirar estos perfumes. El día fué espléndido, y la efímera descansó varias veces para continuar bailando en círculo con sus compañeras; pero,

cuando empezó a bajar el sol, el insecto estaba fatigado de tanta alegría, las alas se le debilitaban, y, resbalando lentamente a lo largo del roble hasta el mullido césped, fué a caer sobre la hoja de una campanilla, volvió a levantar la cabeza para contemplar una vez más el sonriente pensil, y el azulado mar, y se le cerraron los ojos. ¡Había dejado de existir!

Al día siguiente, el roble vió nacer otras efímeras; habló también con ellas, las vió bailar, danzar alegremente y dormirse en paz felices. Este espectáculo se repitió con extraordinaria frecuencia; pero el árbol no lo comprendía bien; tenía, sin embargo, tiempo sobrado para reflexionar. Si, entre los mortales, las ideas se interrumpen diariamente por el sueño, el roble, como no duerme más que en invierno, puede meditar durante las otras tres estaciones, porque siempre está en vela.

Aproximábase la hora del descanso, porque el otoño llegaba a su fin; los otros árboles estaban ya desnudos, y el roble iba perdiendo también sus hojas.

—¡Duerme, duerme! — cantaban en torno suyo los vientos—. Vamos a mecerte suavemente y a sacudirte de tal manera, que tus ramas han de crujir de placer. ¡Duerme, duerme! Es tu noche trescientas sesenta y cinco; pero, comparado con nosotros, eres un niño. ¡Duerme bien! Las nubes van a deshacerse en nieve, y ésta será un hermoso y abrigado manto para tus raíces. ¡Duerme, pues, y sueña a gusto!

Y el roble quedó completamente desnudo de hojas y durmió durante todo el invierno ; pero, como un simple mortal, vió en sueños toda su vida pasada.

Recordó cómo había salido de una bellota ; cómo, cuando era todavía un pequeñísimo arbusto, había estado en peligro de ser devorado por una cabra ; luego había crecido tanto, que los guardas del bosque lo habían admirado con frecuencia y hasta habían pensado en cortarlo para hacer mástiles y vigas. Sin embargo, había podido llegar a su cuarto siglo, y ya nadie pensaba en cortarlo, porque era el más preciado adorno de la selva, y su abundante copa sobrepujaba a las de los otros árboles, y, desde lejos, en el mar, podía vérselo, por lo que, en ocasiones, servía de guía a los marineros.

En el verano, las palomas torcaces anidaban en sus ramas, entre las que vivía constantemente el cuclillo entonando su monótono cantar. El otoño, que amarilleaba como láminas de cobre las hojas del roble, traíale todas las aves de paso, que descansaban por última vez sobre este coloso de la selva antes de tender el vuelo hacia ultramar.

Había llegado el invierno, y, después de haber resistido durante algún tiempo al aquilón, las hojas del roble se habían caído casi todas, y los cuervos y las cornejas posábanse en sus ramas conversando acerca de la duración del tiempo, y acerca del hambre que para ellos era casi inevitable en brevísimo plazo.

La víspera de la Natividad del Señor, tuvo el roble el sueño más delicioso de toda su vida.

Tenía sentimientos religiosos y oía con júbilo el repiqueteo de las campanas; pero creía estar en un día magnífico de verano, y vió lo siguiente:

Su alta y gigantesca copa se encontraba aún



...las palomas torcaes anidaban en sus ramas (P, 8)

fresca y verde, y los rayos del sol, que jugueteaban por entre las ramas y las hojas, proyectaban dorados reflejos. El aire estaba embalsamado por vivificantes aromas; millares de mariposas de variados colores revoloteaban en torno suyo jugando al escondite, e infinitas efímeras bailaban una

polca gozando de las embriagadoras alegrías de su fugaz existencia.

De pronto vió el roble aparecer un brillante séquito : eran los personajes que sucesivamente habían desfilado ante él durante la larga serie de años que había vivido. Al frente avanzaba una lucida cabalgata ; pajes, caballeros de brillantes armaduras que volvían de la guerra de las cruzadas, cas-



tellanos cubiertos de brocado sobre soberbios alazanes, llevando al puño halcones encadenados ; resonó el cuerno de la cacería, ladró la trailla, y huyó el ciervo. Tras éstos, apareció una compañía de reitres y lansquenets con trajes abullonados y de múltiples tonos, armados con lanzas y arcabuces ; plantaron su tienda bajo el añoso roble, en-

cendieron fuego, y, en medio de una orgía, entonaron cantos bélicos y báquicas canciones.

Pasó la bulliciosa banda y adelantó en silencio una pareja de amantes, que llevaban empolvado el cabello; la dama iba cubierta de cintas de colores, y el doncel grabó en la corteza del árbol las iniciales de sus dos nombres; ambos escucharon con deleite los dulces y singulares sonidos del arpa eólica que estaba suspendida de las ramas, y las palomas torcaces gemían placenteras escuchando la música celeste.

De pronto, experimentó el roble una deliciosa sensación indefinible, algo parecida a la que experimentaría si una poderosa y nueva corriente de vida, que partiera de las extremidades de las raíces, lo cruzara de parte a parte, subiendo hasta la copa, hasta el extremo de sus hojas más elevadas.

Parecíale que brotaba, que crecía como en otro tiempo, que absorbía nuevo vigor en el seno de la tierra; y, efectivamente, su tronco engrosaba, extendíase su copa elevándose cada vez más, y cuanto más cerca del cielo se encontraba, más felicidad sentía, cifrando todo su anhelo en subir más aún, hasta el sol, cuyos rayos luminosos le penetraban de un calor benéfico.

Su copa había llegado ya por encima de las nubes que, como bandada de gigantescos cisnes blancos, flotaban sobre el firmamento azul.

Era ya completamente de día y, sin embargo, distinguíanse las estrellas que brillaban con sus más vivos destellos, recordando al antiguo roble los

ojos de los alegres niños que a menudo se habían cobijado bajo sus ramas para jugar.

Ante aquel sublime espectáculo, considerábase feliz el añoso roble ; pero advertía que algo le faltaba ; experimentaba el deseo vehemente de ver elevarse los demás árboles de la selva, las plantas, las flores y hasta las más insignificantes hierbas hasta la misma altura que él, para que contemplaran aquellas maravillas. Para que su felicidad fuera completa, necesitaba verlos a todos, grandes y pequeños, en torno suyo, tomando parte en su dicha.

Este sentimiento que lo agitaba, hacía vibrar sus ramas, sus menores hojas, por lo que inclinó hacia el suelo la copa, como si hubiera querido hacer una señal a las amapolas, a las violetas ocultas bajo el musgo, y a los otros robles sus compañeros.

De pronto parecióle advertir un gran movimiento ; las copas de la selva se agitaron, y los árboles comenzaron a crecer hasta subir sobre las nubes. Las plantas, para tardar menos, dejaban la tierra con sus raíces y acudían volando ; pero los que llegaron primero fueron los álamos, cuyos troncos rectos y blancos cruzaban los aires como flechas, casi como relámpagos.

Y acudieron los juncos, los hinojos, los pájaros que, maravillados del viaje, cantaban sus más seductoras y festivas endechas. Los saltamontes, cabalgando sobre las hierbas, ejecutaban su música monótona acompañados por los grillos, el zumbido

de las abejas y el susurro de los abejorros, formando el conjunto un delicioso concierto.

—Pero, ¿dónde se han quedado la florecilla que a orillas del arroyo nace, y la campanilla y la violeta?

—¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí! — gritaron las florecillas.

—Todos estamos, todos estamos — repetían en coro los árboles, las plantas, todos los pobladores del bosque.

—Sí, todos, grandes y pequeños — decía el añoso roble, radiante de júbilo—; ninguno falta. Nadamos en un océano de delicias. ¡Qué milagro!

Y volvió a sentirse crecer; pero, de pronto, sus raíces se desprendieron de la tierra.

—Es lo mejor que puede ocurrirme — se dijo—, porque así quedaré libre de todo lazo y podré lanzarme hacia la eterna luz y abismarme en ella con todos los seres queridos que me rodean, grandes y pequeños, todos.

—¡Todos! — repitió el eco.

Este fué el fin del sueño del roble secular. Una tempestad horrorosa se cernía en el espacio agitando el mar y conmoviendo la tierra. Enormes olas asaltaban la roca, arrancándola a pedazos; los vientos silbaban y sacudían el roble antiguo, que luchaba con vigoroso esfuerzo contra la tormenta, pero una bocanada más poderosa lo conmovió y lo desarraigó del suelo, haciéndolo caer precisamente en el momento en que soñaba que se lanzaba a la inmensidad del espacio. Había perecido

a los trescientos sesenta y cinco años de edad, como la efímera después de su día de existencia.

Por la mañana, cuando el sol iluminó el santo día de Navidad, el huracán habíase calmado. En todas las iglesias resonaba el alegre repiqueteo de las campanas, reinando la alegría hasta en la cabaña más humilde. El mar estaba en calma, y un



navío que, durante la noche, había luchado bravamente contra las olas y el aquilón, saliendo victoriosamente del combate, tenía engalanados todos los mástiles, e izadas todas las banderolas para celebrar el aniversario del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

—¡ Ah ! — exclamó un marinero—. El árbol de la costa, el gran roble que nos servía de guía, ha

desaparecido. Ayer existía aún, lo vi de lejos ; sin duda la tormenta lo ha truncado.

— ¡ Cuántos años serán necesarios para que se le reemplace ! — repuso otro marinero—. Y quizá no haya otro árbol bastante robusto para crecer, como él, en la punta de la roca, y expuesto a todos los vientos.

Esta fué la oración fúnebre que dedicaron los marineros al añoso roble, que yacía, desarraigado, sobre el manto de nieve que le servía de mortaja.

A bordo del buque, los marinos entonaron los salmos y los cánticos de Navidad, celebrando la redención del género humano por el Hijo de Dios, que les abrió las puertas de la vida eterna.

— Cumplida está la promesa — cantaban—. Ha nacido el Salvador. ¡ Oh ! dulcísimo gozo, ¡ aleluya, aleluya !

Y sus corazones, transportados de júbilo, elevábanse hacia el cielo, como el añoso roble, en su último sueño, habíase sentido arrebatado hacia el eterno esplendor.

AHORA HABLA EL RAYO DE SOL

— Voy a relataros una historia — dijo el viento.

— Dejádme hablar a mí — repuso la lluvia—, porque ya hace mucho rato que estáis aullando en la esquina de la calle.

— ¡ Ah ! ¿ lo tomáis así, señora ? — replicó el viento—. ¿ Esa esa la gratitud que me mostráis

por los servicios que os presto volviendo y rompiendo los paraguas con que la gente procura ponerse a cubierto de vuestras caricias?

—Callaos, porque soy yo quien va a hablar—dijo el rayo de sol—. ¡Silencio!—y pronunció estas palabras con tono tan solemne y tan majestuoso, que el viento enmudeció tendiéndose sobre el suelo a todo lo largo.

Pero la lluvia no fué tan cómoda.

—El sol es un tirano, que manda de un modo tal, que es necesario obedecer. Es el más fuerte; pero nosotros desempeñaremos el mejor papel, porque no escucharemos sus simplezas. Los imbéciles humanos dicen: «cansado como la lluvia», cuando lo que deberían decir es «cansado como el sol».

—Un cisne, que en otro tiempo traía la felicidad—empezó diciendo el rayo de sol—, se cernía sobre las movedizas olas del mar, cuando una de sus plumas, que brillaban como el oro, cayó sobre un buque mercante de gran porte, que navegaba a velas desplegadas, y se detuvo en los ensortijados cabellos de un joven que estaba al cuidado de los fardos; era el contraмаestre. La bienhechora pluma, rozando su frente, le inspiró magníficas especulaciones. El contraмаestre llegó a ser un riquísimo comerciante, que tenía en sus sótanos gran cantidad de toneles de oro.

»El cisne pasó volando sobre una verde pradera, donde, a la sombra de un añoso roble, reposaba un pastorcillo entre una manada de corderos. El ave rozó una de las hojas del árbol que cayó



...y el ave, que no le opuso el menor obstáculo, emprendió después el vuelo. (Pág. 17.)

sobre la mano del joven, y éste se puso a contemplarlo con gran atención, estudiando sus fibras y sus delicadas nervaduras. Tomó otras y las examinó también atentamente; luego, estudió de cerca las demás maravillas de la Naturaleza, no tardando en encontrar un bienhechor que lo mandó a la escuela. El pastorcillo llegó a ser un sabio ilustre.

»Pasó el cisne por encima de un hermoso bosque, en cuyo centro había un lago de aguas azuladas, y tenía las orillas cubiertas de iris, juncos y sauces y el ave se bañó en él.

»A la sazón, encontrábase en aquel bosque, cogiendo leña, una pobre mujer que llevaba un niño de pecho, y vió al cisne dorado, el cisne de la felicidad, salir del agua y lanzarse a los aires. ¿Qué vió la mujer brillar a orillas del lago? Un huevo de oro, que se apresuró a coger y se lo colocó sobre el seno.

»El huevo estaba lleno de vida, y la mujer, rompiendo el cascarón, vió salir un precioso cisne de plumas doradas, que llevaba al cuello cuatro anillos de oro. La mujer, que tenía otros tres hijos además del de pecho, comprendió que aquellos anillos les estaban destinados; los tomó con delicadeza, y el ave, que no le opuso el menor obstáculo, emprendió después el vuelo.

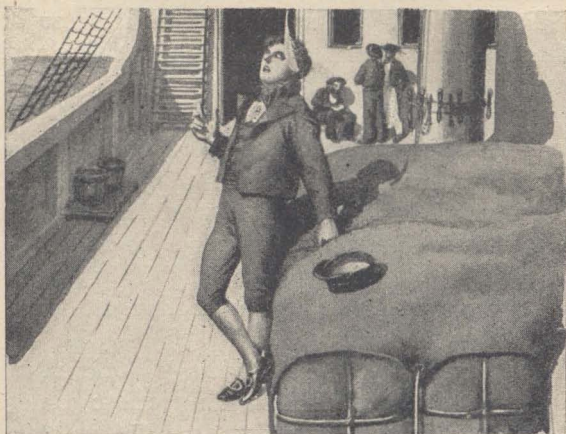
»Besó la mujer los anillos, púsolos un momento sobre el corazón de sus hijos y, luego, colocó a cada uno el suyo en el dedo del medio.

»El mayor de los niños, que trabaja la tierra y

la arcilla haciendo figuras muy bonitas, llegó a ser un gran escultor, siendo su obra capital *Jason a la conquista del Vellocino de oro*.

»El segundo, que recorría los campos y los prados, cogía plantas y flores, les extraía el jugo colorante y dibujaba con él, fué un pintor famoso.

»El tercero tomó el anillo entre los dientes y,



..se detuvo en los ensortijados cabellos de un joven que estaba al cuidado de los fardos.. (Pág. 16.)

haciéndolo vibrar, resonó en su cabeza, de la que salieron sonidos y deliciosas melodías llenas de encanto y sentimiento. Adquirió fama mundial como compositor de música.

»El cuarto, tenía una constitución endeble y era un poeta divino, cuyas ideas cerníanse por

encima del mundo del espíritu con vuelo tan majestuoso como el del cisne. La Fama le sonrió más aún que a sus tres hermanos y es inmortal.

Y, dicho esto, el rayo de sol guardó silencio y desapareció.

—¡Larga me ha parecido la historia! — comentó el viento.

—Es una historia que hace dormir — respondió la lluvia.

Y a vosotros, mis pequeños lectores, ¿qué os parece? Si os ha aburrido, decidlo sin temor, porque no he sido yo sino el rayo de sol quien ha relatado el cuento.

EL BISABUELO

El cuento que voy a relatar no se me ha ocurrido a mí. Me lo refirió un amigo, a quien cedo la palabra. Leedlo.

A nuestro bisabuelo, que era la bondad personificada, y tenía un espíritu recto, y la cabeza muy firme a pesar de su edad avanzada, le agradaba complacer narrando lindas historias. Realmente, no era más que mi abuelo; pero, cuando nació el hijo de mi hermano Federico, pasó a la categoría de bisabuelo y no le llamábamos ya de otro modo. Nos quería a todos mucho, pero no apreciaba nuestra época.

—El tiempo antiguo era mejor que el presente —decía—. Entonces todo marchaba con prudente

lentitud, sin precipitación ; hoy, por lo contrario, todo es un galope desordenado : el mundo al revés. La juventud habla más fuerte que la vejez, critica a las autoridades y censura hasta a los reyes. Cualquier desalmado puede insultar impunemente a los hombres de honor.

Cuando el bisabuelo hablaba acerca de este te-



Los grandes carruajes dorados... (Pág. 21.)

ma, se animaba hasta enrojecer, y, cuando después se tranquilizaba, decía sonriendo :

—Quizá me equivoque, y no sea culpa mía el no encontrarme a gusto en esta época teniendo las costumbres del siglo pasado ; pero dejemos obrar a la Providencia que todo lo hace bien.

Sin embargo, no abandonaba el tema y describía perfectamente cuanto había de pintoresco y se-

ductor en el tiempo pasado. Los grandes carruajes dorados en los que paseaban las princesas, las señoras, las castellanas vestidas con vistosas galas, las corporaciones, cada una con traje diferente, recorriendo las calles con alegre séquito, banderas desplegadas y música, ocupando cada cual su puesto, sin envidiar a los otros. Las fiestas de Navidad, ¡ qué animadas y brillantes eran, y qué alegre el carnaval! El tiempo antiguo tenía, sin embargo, su aspecto malo, porque la ley era dura, había horcas y ruedas; pero estos horrores provocaban emociones, y en cuanto a los abusos, sabían abolirlos generosamente. Estas discusiones me enseñaron que la nobleza dinamarquesa fué la primera que dió espontáneamente libertad a los siervos, y que un príncipe dinamarqués, ya el siglo pasado, suprimió la trata de negros.

Era, pues, un placer oír referir al bisabuelo las historias de su juventud, las aventuras que le habían ocurrido.

—Pero — decía — el siglo anterior era todavía más grande, porque en él abundaban los altos hechos y los caracteres esforzados.

—Eran épocas rudas y salvajes — interrumpía mi hermano Federico—. A Dios gracias no vivimos ya en aquellos tiempos.

Decía esto al bisabuelo cara a cara y con cierto tono de agresividad. Federico no era ya un niño, sino nuestro hermano mayor, que había salido de la universidad, después de hacer brillantes exámenes. Nuestro padre, que tenía una gran casa de

comercio, lo había colocado en las oficinas y estaba muy satisfecho de su celo y actividad. El bisabuelo, que tenía gran debilidad por él, conversaba con él muy complacido, pero, cuando hablaban del tiempo antiguo, concluían por enfadarse, a pesar de lo cual no podían pasar el uno sin el otro. ¡ Cuántas veces escuchaba atentamente el



bisabuelo, echando chispas por los ojos, lo que contaba Federico acerca de los descubrimientos maravillosos de nuestra época, y acerca de las fuerzas de la Naturaleza, hasta entonces desconocidas, empleadas en las invenciones más sorprendentes!

—Sí — replicaba entonces el bisabuelo—, los hombres son ahora más sabios, más industriosos,

pero no mejores. ¡Qué espantosas máquinas de destrucción inventan para matarse!

—Las guerras concluyen también más pronto— argumentaba Federico—, y no es preciso esperar treinta años, ni aun siete, para restablecer la paz. Además, las guerras son indispensables; si no las hubiera habido desde el principio del mundo, la tierra estaría hoy tan poblada, que los hombres se devorarían unos a otros.

Un día Federico nos contó lo que acababa de suceder en una ciudad próxima, en cuya casa Ayuntamiento había un grande y antiguo reloj, que tan pronto se adelantaba como se retrasaba; pero que, tal como era, servía para poner en hora todos los relojes de la ciudad. Empezóse a construir un ferrocarril que pasaba por el lugar y, como la hora de los trenes tiene que ser exacta y la misma en toda la línea y en todos los ferrocarriles del Estado, colocóse en la estación un reloj eléctrico que no variaba jamás, y desde entonces todo el mundo ponía en hora su reloj por el de la estación, y nadie volvió a hacer caso del reloj del Ayuntamiento más que para burlarse.

Esta anécdota me hizo a mí mucha gracia; pero el bisabuelo no se sonrió siquiera.

—Grave es todo eso — repuso con seriedad—; pero me recuerda un sencillo péndulo antiguo, el sencillo péndulo que se fabrica en Bornholmy, que había en casa de mis padres y que estaba encerrado en una caja de roble y marchaba con ayuda de pesos. Tampoco iba siempre bien, pero nadie se

preocupaba por ello. Mirábamos la esfera y nos inspiraba confianza porque no veíamos las ruedas ni los pesos. Lo mismo andaban el gobierno y la máquina del Estado. Se tenía plena confianza en ellos y no se miraba más que la esfera. Hoy se usa un reloj de cristal y todo el mundo puede observar el movimiento de las ruedas y encuentra algo censurable ; se oye el ruido del roce de la maquinaria y se preguntan si no están usados los resortes y si no van a romperse. Falta la fe, y la carencia de virtud es la gran debilidad del tiempo presente.

Y el bisabuelo continuó desarrollando el tema durante largo rato, concluyendo por enfadarse aunque Federico no le llevara la contraria. En esta ocasión se separaron casi enojados ; pero no ocurrió lo mismo cuando Federico se embarcó para América, donde debía velar por los grandes intereses de nuestra casa. La separación fué dolorosa, porque ir tan lejos, allende el Océano, teniendo que luchar con las olas y con las borrascas, era cosa que partía el corazón al bondadoso anciano.

—Tranquilízate — le dijo Federico conteniendo las lágrimas— ; cada quince días recibiréis carta mía, y te reservo una sorpresa. Tendrás noticias mías por el telégrafo, porque se acaba de tender un cable transatlántico.

Efectivamente, cuando se embarcó en Inglaterra, un despacho cablegráfico nos previno que su viaje iba viento en popa, y en el momento en que puso los pies en el nuevo continente, recibimos otro

mensaje suyo que cruzó los mares con más rapidez que el rayo.

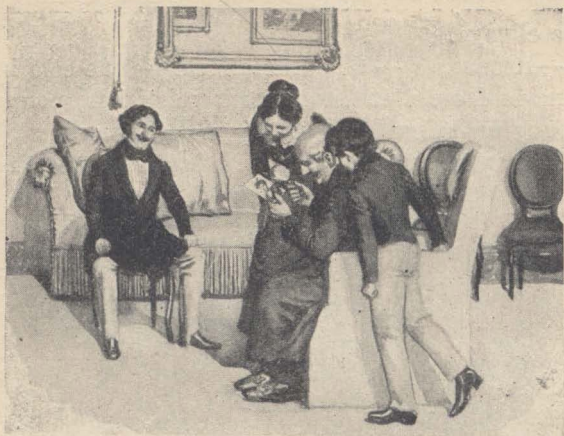
—Reconozco — dijo el bisabuelo — que esta invención derrota en cierto modo mis ideas, porque es una verdadera bendición para la humanidad, y en Dinamarca se ha descubierto la fuerza que obra



...era cosa que partía el corazón al bondadoso anciano. (Pág. 24.)

este prodigio. He conocido a Juan Cristián Ørstedt, que descubrió el principio del electromagnetismo; tenía los ojos tan sensibles y profundos como los de un niño, y merecía realmente el honor que le dispensó la Naturaleza permitiéndole adivinar uno de sus más íntimos secretos.

Diez meses después, Federico escribiéonos que se



había desposado con una encantadora joven, de la que nos envió una fotografía. ¡ Con cuánta curiosidad la examinamos ! El bisabuelo tomó su cristal de aumento y la contempló durante largo rato.

— ¡ Qué desgracia — exclamó el bisabuelo — que no se haya conocido antiguamente este arte de reproducir las facciones con el sol ! Habríamos podido contemplar cara a cara a los grandes hombres de la historia. Mirad qué rostro tan lindo ; ¡ es una joven muy graciosa ! La conoceré tan pronto como pase el dintel de la puerta.

Esto estuvo a punto de no ocurrir nunca.

El casamiento de Federico efectuóse en América, y los jóvenes esposos regresaron a Europa, llegando felizmente a Inglaterra, donde se embarca-

ron para Copenhague. Encontrábanse ya frente a las blancas piedras de la Jutlandia, cuando se levantó un huracán, que medio destrozó el buque y lo arrojó a la costa. Se acercaba la noche, y el vendaval era furioso, por lo que se hacía imposible lanzar al agua las lanchas, temiéndose que, al amanecer, estuviera el buque hecho trizas.

De pronto, en medio de las tinieblas brilló un cohete, del que pendía una cuerda sólida, que se apresuraron a agarrar los marineros, quedando, por este medio, establecida la comunicación entre los náufragos y la tierra firme. Empezáronse los trabajos de salvamento y, a pesar de las olas y la



...cruzó las manos sobre el pecho y bendijo
nuestra edad moderna. (Pág. 28.)

tormenta, en algunas horas todo el mundo llegó felizmente a tierra.

En Copenhague dormíamos todos tranquilamente, sin pensar en los peligros, cuando, al reunirse la familia por la mañana, alegre por la llegada de los recién casados, leímos en el diario la noticia de que, la víspera, un buque inglés había naufragado en la costa de Jutlandia. La angustia oprimió nuestros corazones; mi padre fué a adquirir informes, y no tardó en volver para notificarnos que se había recibido un despacho anunciando que la tripulación se había salvado y que los seres queridos que esperábamos no tardarían en estar entre nosotros.

Todos derramamos lágrimas de alegría al oír esto, y el bisabuelo, llorando también, cruzó las manos sobre el pecho y bendijo nuestra edad moderna. Aquel mismo día envió doscientos escudos para la suscripción del monumento de CErstedt.

Por la tarde, cuando llegó Federico con su joven esposa, el bisabuelo le dijo cuanto había hecho, y se besaron con efusión. Personas buenas las ha habido en todos los tiempos, y es de suponer que las haya también en lo sucesivo.

LA PLUMA Y EL TINTERO

Si os hubierais encontrado cierto día en el despacho de un gran poeta, habríais podido oír lo siguiente :

«Es extraordinario todo lo bueno, y todo lo malo, que puede salir de un tintero.»

Sobre la mesa había efectivamente un buen tintero, que era quien en tales términos se expresaba, dirigiéndose a la pluma, a la regla, y a todos los demás objetos de escritorio que allí había.

—Sí, lo repito — continuó—, ¡es extraordinario, increíble! ¡Cuántas cosas he visto sacar ya de mi seno! ¡Cuántas más saldrán cuando los hombres vengán a sacar ideas de la fuente que contengo! Una gota basta para escribir media página de papel. ¡Es maravilloso! Todas las creaciones del poeta, las figuras retóricas, los delicados sentimientos expresados en inspirados versos, las brillantes descripciones de la Naturaleza, todo emana de mí, siendo lo más sorprendente, que ni siquiera conozco la Naturaleza, y, por consiguiente, poseo un instinto inconsciente admirable. Los caballeros heroicos montados en briosos corceles, las encantadoras princesas que aparecen en el último poema del autor que ha extraído los tesoros que encierro, todo ha salido de mí; pero os aseguro que, al producir tantas maravillas, no pienso en nada, esto es lo más prodigioso.

—Razón tenéis en decir que no pensáis en nada —repuso la pluma—. A poco que reflexionarais, comprenderíais que vuestra misión queda reducida a proporcionar un líquido que sirve para expresar, para consignar en el papel, las ideas que yo contengo. La pluma es la que escribe, querido. En otro tiempo, cuando no se conocía aún la tinta, mi

abuelo el estilo era el que escribía, y ¿qué es lo que se dice de un buen escritor? «Tiene un estilo sublime, conmovedor» o dice: «posee una pluma elegante». Jamás se habla del tintero. En cambio, se dice: «Es más tonto que un orinal», y vos no sois más que un orinalillo lleno de tinta.

—¡ Calma, amiga, calma! — replicó el tintero—. Os perdono las injurias que me dirigís, porque no tenéis más experiencia que una mocosa. ¿Cuánto tiempo hace que habéis empezado realmente a vivir? Apenas una semana, y ya estáis casi usada y casi inservible. No sois más que un simple instrumento, y, ¡ a cuántas como vos he suministrado ya mi admirable líquido! Unas eran plumas de ganso, otras plumas de acero de fabricación inglesa. Las he tenido a mi servicio y tendré muchas otras después que vos quedéis completamente inútil. No es eso lo que me preocupa; lo que desearía saber es lo que saldrá de mi seno cuando el escritor acuda a mí nuevamente.

La pluma, por toda réplica, hizo un rasguño de desprecio.

El poeta no volvió a su casa hasta la noche. Había estado en un concierto y escuchado un célebre violinista, y estaba aún conmovido por la incomparable maestría del artista que sabía arrancar a su instrumento sonidos que unas veces semejaban el dulce susurro de los pájaros, como el ruido de la tempestad desencadenada sobre una selva de abetos y de pinos. Además, tenía acentos que encogían deliciosamente el corazón y arrancaban lágrima

mas. Habría podido decirse que no sólo las cuerdas, sino también el caballete y los tornillos, y la caja resonaban y producían sonidos melodiosos. La composición era muy difícil ; pero el artista la había ejecutado con tanta soltura y gracia, que los oyentes creían poder hacer otro tanto. El arco



Echado de codos sobre la ventana... (Pág. 32.)

era movido con tanta soltura que se olvidaba por completo al artista que animaba al instrumento transmitiéndole las inspiraciones de su alma.

Sin embargo, el poeta, que no lo olvidaba, consignó en el papel sus ideas del modo siguiente :

«¡ Qué insigne locura sería la del arco, o la del violín, si éstos creyeran que les pertenece la gloria de producir esas armonías celestes, y se vanagloriaran de ello !

»Y, esto no obstante, nosotros, poetas, artistas, sabios, príncipes, hombres de Estado, y capitanes, nos vanagloriamos de nuestras acciones, cuando realmente no somos más que instrumentos en manos del Sublime Maestro, cuyos designios ejecutamos, cuyo divino espíritu nos inspira. De Él sólo es el honor. ¡Suya es la gloria!»

El poeta meditó unos instantes y, como resultado de su meditación, escribió una parábola, a que puso por título: *El maestro y los instrumentos*.

Cuando hubo concluido de escribir y salió del despacho, la pluma dijo al tintero:

—Vamos, supongo que habéis recibido una lección, porque habréis comprendido lo que acabo de escribir.

—Es decir, lo que os he hecho escribir — respondió el tintero—. Hay suficiente para confundiros para siempre, si pudierais comprender cuánto me he burlado de vos. De una vez me he vengado de todas vuestras insolencias.

—¡Mal tinterillo! — replicó la pluma escupiendo con todas sus fuerzas.

—¡Mala pluma! — respondió el tintero en el mismo tono despectivo.

Cada uno de estos objetos creía haber apabullado al otro, y, en esta convicción, se quedaron dormidos.

El poeta no dormía. Echado de codos sobre la ventana, contemplaba la estrellada noche, sintiendo bullir en su cabeza las ideas como los sonidos habían brotado antes del violín; unas eran deli-



Había estado en un concierto y escuchado un célebre violinista... (Pág. 30.)

cadasy graciosas, otras grandiosas, y sublimes. Su corazón vibraba bajo la inspiración de Dios, el Sublime Maestro.

¡De Él es el honor! ¡Suya es la gloria!

LA FAMILIA DICHOSA

La bardana, llamada también *amor de hortelano*, es una planta muy linda, que nunca nace sola, pues dondequiera que hay una, brotan al momento, diez, ciento, mil, formando un magnífico tapete verde. Es el regalo predilecto de los caracoles, dé los grandes caracoles blancos que no suelen encontrarse en Dinamarca. Las gentes ricas de este país, las que creen que los caracoles son un manjar delicioso, importan del extranjero cierto número de ellos, y, para alimentarlos, siembran bardana.

Había un antiguo castillo feudal cuyos moradores habían sido aficionados a los caracoles; pero el nuevo propietario no podía soportarlos. Además, casi nunca habitaba el castillo y, por esta razón, todo en él estaba muy descuidado. De los caracoles no quedaban más que dos, marido y mujer, que tenían ya una edad venerable; pero la bardana que en otro tiempo había sido sembrada, habíase propagado de tal modo, que cubría las sendas y los macizos del jardín, convirtiendo a éste en una selva de bardanas.

Allí vivían los ancianos caracoles que ignoraban

su edad. Recordaban que, en otra época, centenares de caracoles habitaban en aquellos lugares, que sus ascendientes habían venido de un país lejano, y que para su manutención y recreo se había plantado aquella selva de bardanas. Jamás habían salido del jardín, pero sabían que existía un sitio llamado el castillo, donde los cocían hasta ponerse negros y los colocaban en un plato de plata, ignorando lo que pasaba después. Tampoco comprendían muy bien qué significaba el ser cocidos y servidos en vajilla de plata; pero les habían dicho que esta operación no se practicaba más que en las grandes casas y que era cosa muy distinguida. Ni el abejorro, ni el sapo, ni el gusanillo a quienes habían interrogado acerca del particular, habían podido darles explicaciones, porque aquellos insectos vulgares no habían penetrado jamás en el castillo, y ningún miembro de su familia había figurado en bandejas de plata.

Así es, que los ancianos caracoles considerábanse como los personajes más nobles del mundo, y ¿quién habría podido disputarles esta pretensión? La bardana había sido plantada para alimentarlos y darles sombra, y el castillo existía para que cualquier día fueran los moradores a cogerlos con el propósito de servirlos en la vajilla de plata.

Vivían muy retirados, saboreando su felicidad, y, no teniendo hijos, habían adoptado un caracoliño de la especie ordinaria.

Un día en que cayó un fuerte aguacero, dijo el caracol padre :

—¿Oyes el ruido de tambores que hacen las gotas de agua sobre las hojas de bardana? *Rum-dum-dum, rum-dum-dum.*

—Sí, ¡y qué agradable humedad proporciona!— respondió el caracol madre—. Cuando haga demasiado fresco, podremos meternos en nuestra casa, y nuestro hijo también. ¡Qué bien comprenden que somos una especie privilegiada! Por eso han hecho por nosotros más que por los demás. Desde que nacemos, cada uno tiene su casa, construída y preparada, que crece con nosotros. Sí, somos los dueños de la creación. ¿Y esta selva de bardanas que han plantado exclusivamente para nosotros? A propósito, me agradecería saber dónde acaba y qué hay más allá.

—¿Más allá? — replicó el padre—. Como seguramente no hay nada más hermoso que nuestra selva de bardanas, no tengo deseo de saberlo.

—Yo — dijo la madre — experimento a veces deseos inexplicables. ¿Por qué no nos llevan al palacio y nos ponen en un plato de plata como a nuestros padres, a nuestros hermanos y a nuestros primos?

—Quizá el castillo está en ruinas — explicó el padre—, o la selva de bardanas lo cubre por completo; pero siempre has sido algo curiosa, y no me sorprende que el caracolito tenga el mismo defecto. Hace tres días que sube sobre una rama de bardana para mirar a lo lejos. Cuando levanto la vista para mirarlo, se me tuerce el cuello, ¡tan alto se encuentra!

—Vamos, no gruñas — respondió la madre—. Si sube, adopta las precauciones necesarias, y, además, ya no es un niño. ¿No será ya tiempo de buscarle esposa? ¿No habrá en toda la selva de bardanas un caracol hembra de nuestra especie que pueda casarse con él?

—No — dijo el padre—, no hay más que enormes babosas negras que no tienen casa como nosotros, porque son personas ordinarias; pero preguntemos a las hormigas que siempre andan de cera en meca, y quizá ellas conozcan una esposa para nuestro querido caracolillo.

—Aquí hay una reina que está soltera — dijo una hormiga.

—¿Tiene casa? — preguntó la madre.

—Tiene un palacio, el palacio más hermoso de las hormigas, en el que hay setecientos corredores.

—Muchas gracias — repuso la madre—; nuestro hijo no tiene nada que hacer en un hormiguero. Dirijámonos a las mariposas, o los mosquitos, que se meten por todas partes.

—Tenemos lo que necesitáis — dijo uno de los mosquitos—. A cien pasos de hombre de aquí, vive en un grosellero una joven y linda señorita de la familia de los caracoles; es muy modesta, y hace dos meses que no ha salido. Será una excelente ama de casa.

—Eso es lo que necesitamos — contestaron los ancianos caracoles—; id a prevenirla y decidle que su futuro esposo llevará en dote toda una selva de bardanas.

Los mosquitos fueron en busca de la encantadora doncella, que tenía una casa de varios colores, y que sólo tardó quince días en recorrer el trayecto de cien pasos de hombre ; pero apenas descansó en el camino.

Inmediatamente se celebraron las bodas, en las que seis gusanillos de luz hicieron las veces de cirio, pero no hubo grandes fiestas.

—Sólo es propio de la gentecilla — dijo el caracol padre — el regocijarse ruidosamente. Nosotros debemos conservar nuestra dignidad.

—Nada perderéis — agregó la madre ruidosamente—. Os dejamos por herencia todo este bosque de bardanas, y el derecho para vosotros y para vuestros hijos de ir al palacio a que os sirvan en bandeja de plata.

Y, llegada la noche, los dos viejos se metieron en su cascarón y no salieron más ; se durmieron para siempre soñando que reposaban en el anhelado plato.

Los recién casados prosperaron y tuvieron muchos hijos y nietos ; pero nadie los buscó para servirlos en bandeja de plata, de donde dedujeron que el castillo estaba en ruinas y que se había acabado la raza humana. Nadie desmintió esta conjetura y la selva de bardanas creció cada vez más lozana y frondosa, y, cuando la lluvia caía, simulaba magníficos redobles de tambor.

Y en esta forma vivieron completamente dichosos. ¿Quién, entre los humanos, podría decir lo mismo?...

EL GNOMO Y EL HORTERA

Pues, señor, era una vez un estudiante, pero un verdadero estudiante, que no poseyendo nada sobre la tierra, habitaba en la buhardilla de una hermosa casa, de que era propietario un especiero, también un verdadero hortera, que vivía en el piso bajo.

El gnomo, espíritu familiar de la casa, se interesaba por el propietario, sin menospreciar al estudiante. Cada año, por Navidad, el hortera, observando la antigua costumbre, preparaba para el gnomo un gran plato de arroz con leche bien azucarado en cuyo centro ponía un buen pedazo de manteca, que es el mejor obsequio que puede hacerse a los gnomos del Norte. Esta atención seducía al gnomo, que en esta debilidad se parecía a los seres humanos, a quienes se conquista por medio de las dádivas.

Una noche, el estudiante entró en la tienda del hortera para comprar una candela y un trozo de queso, porque, como no tenía nadie que le sirviera, él mismo se confeccionaba sus comisiones. Le sirvieron lo que deseaba y pagó; el hortera le hizo un saludo con la cabeza, y la esposa de éste lo repitió con más gracia; pero esta señora sabía hacer algo más que señales de cabeza; sabía hablar como un orador y charlar como una cotorra.

El estudiante saludó también lo más atentamen-

te que pudo, y ya se disponía a salir, cuando se detuvo contemplando el trozo de papel en que le habían envuelto el queso. Era una hoja arrancada a un libro que jamás debió rasgarse, un libro que contenía una admirable poesía.

—¿Os agrada ese papel? — le preguntó el especiero, al advertir el movimiento del estudiante—.



Queda mucho aún. Apenas he desgarrado el libro, que he comprado a una vieja por un cuarterón de café. Por dos chelines os daré lo demás.

—No puedo gastar dos chelines en objetos de lujo — respondió el estudiante— ; si queréis, os devolveré el queso a cambio del libro, pues, por una vez, puedo comer el pan solo. Sería un crimen hacer pedazos libro semejante. ¿Os admira lo que di-

go? No me sorprende, porque sois un hombre excelente, un hombre práctico, pero, en cuanto a poesía, entendéis tanto como aquel tonel.

Y, al decir esto, designaba un tonel roto en que el hortera echaba los periódicos y demás papeles que destinaba a envolver las especias. Esto no era muy halagüeño, especialmente para el tonel; pero



el hortera, lejos de incomodarse, se echó a reír a carcajadas; el estudiante se rió también, y la especiera más que los dos juntos. En cambio, el gnomo, que estaba en un rincón, se incomodó mucho, no comprendiendo cómo se podían decir semejantes cosas a un especiero que tenía la mejor manteca de la ciudad.

Llegada la noche y recogido todo el mundo. ex-

cepto el estudiante, el gnomo salió de su escondite, y fué a coger en el cuarto de la especiera la dentadura postiza, que ésta se quitaba para dormir, lo que no la impedía hablar en sueños.

El gnomo, que, naturalmente, conocía toda clase de sortilegios, dió a la dentadura la virtud de hacer hablar al objeto a que la adaptaba, con tanta volubilidad y elocuencia como la señora especiera.

Volvió a la tienda, y, aplicando la dentadura al tonel, le preguntó :

—¿Es verdad que no sois inteligente en poesía?

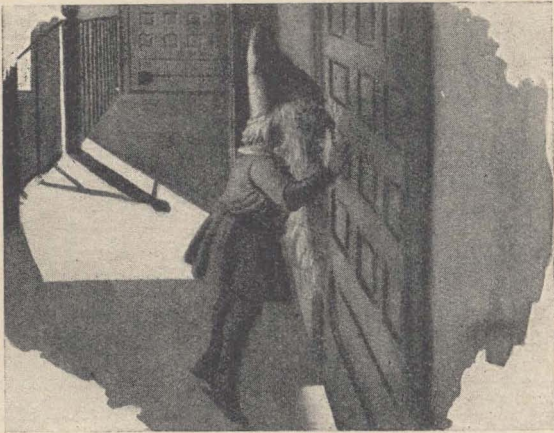
—¡Qué he de entender! — respondió el tonel—. La poesía se encuentra frecuentemente en los folletines de los periódicos, y, en ocasiones, las almas sensibles cortan el pedazo para guardarlo. En las gacetas que contengo hay más poesía que en la cabeza de ese estudiante fatuo que vive cerca de las nubes.

El gnomo adaptó luego la dentadura al molinillo del café, haciéndola andar un poco más de prisa que la señora especiera ; después al tonel de la manteca, al de las ciruelas y a la caja, y todos estos objetos opinaron lo mismo que el tonel de los periódicos, quien, por lo tanto, había dado un veredicto justo.

—Voy a casa del estudiante a decirle lo que se merece — pensó el gnomo, y subiendo efectivamente la escalera, llegó a la buhardilla en que moraba el joven, que tenía aún luz encendida. El gnomo miró por el ojo de la cerradura y vió al es-

tudiante leyendo el libro roto que acababa de comprar.

¡Qué claridad más espléndida la que había en el aposento! Pero no procedía de la candela de medio chelín, sino del centro del libro, del que se elevaba un ramillete de tallos luminosos que sopor-
taban, a modo de diadema, un arbusto cuyas ra-



mas caían graciosamente sobre la cabeza del estudiante; las hojas brillaban con mil reflejos de colores mágicos, y cada flor era una adorable cabecita de niño o de joven, unas con los ojos azules de zafiro, profundos y melancólicos, y otras con ojos negros, llenos de malicia, lanzando llamas. Los frutos semejaban globos de fuego, y en las ramas

revoloteaban lindos pajarillos, cuyo dulce y armonioso canto formaba un delicioso concierto.

Aunque estaba acostumbrado a lo maravilloso, el gnomo no había imaginado nunca semejante esplendor, así es que, de puntillas, continuó contemplando aquel espectáculo sorprendente hasta que, consumida por completo la candela, el estudiante se acostó. El aposento quedó completamente a oscuras; pero siguieron resonando las encantadoras melodías, que semejaban un canto ejecutado por ángeles.

—¡Qué hermoso espectáculo! — exclamó el gnomo—. De buena gana permanecería aquí, donde se puede contemplar tan seductoras apariciones. De todos modos, me estableceré aquí.

Pero, reflexionando de pronto, porque a pesar de ser gnomo razonaba y calculaba como las personas, agregó suspirando:

—Sí, pero tendría que renunciar al arroz con leche y a la buena manteca del especiero.

Y, perplejo, bajó al almacén; era ya tiempo de que lo hiciera. El tonel de los papeles, al que había puesto la dentadura, había narrado desde el principio hasta el fin, cuanto contenían los periódicos que encerraba; y se disponía a comenzar, de nuevo, pero esta vez desde el fin hasta el principio. Las quijadas, de tanto moverse estaban a punto de hacerse pedazos, y, para evitarlo, el gnomo las quitó y fué a ponerlas en su sitio. El tonel enmudeció, lo que no fué obstáculo para que, desde entonces, pasara en la tienda por un pozo de ciencia.

Todas las noches, el gnomo colocábase delante del agujero de la cerradura de la buhardilla, cuando había luz en ella. El estudiante leía el libro con frecuencia, y, siempre que esto ocurría, el gnomo tenía espléndidas visiones; pero una vez presenció un espectáculo tan hermoso como terrible. Era una especie de mar furioso, agitado por las olas y la borrasca; el estruendo del trueno repercutía tan solemne y majestuosamente, que el gnomo se conmovió de pies a cabeza, como si escuchara la voz de la Divinidad irritada, y rompió a llorar, pero sus lágrimas estaban impregnadas de un extraño sentimiento de ventura inefable.

—¡Qué fortuna sería para mí — volvió a decirse el gnomo—, descansar bajo ese árbol maravilloso! Pero me vería obligado a abandonar los regalos de Nochebuena y el bienestar de la tienda.

En virtud de esta consideración, contentábase con mirar por el ojo de la cerradura, expuesto al viento y al frío, y, mientras duraba la visión, no se acordaba de nada; pero, cuando volvía la obscuridad de la noche, tiritaba, le castañeteaban los dientes y corría a refugiarse en su rinconcito, muy abrigado, para entrar en calor. Entonces apreciaba el bienestar que experimentaba.

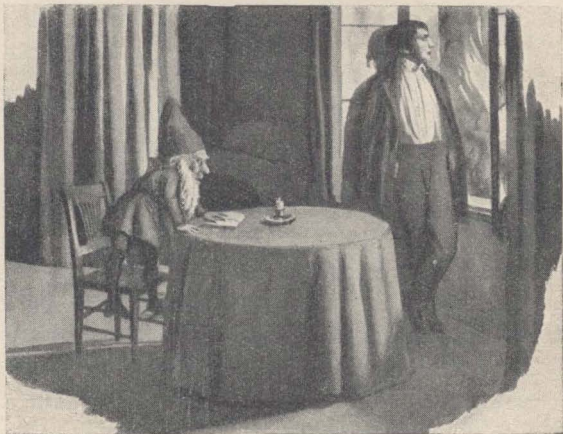
Cuando volvió Nochebuena y el gnomo volvió a encontrarse frente al festín de arroz con leche y la buena manteca, exclamó:

—¡Viva el especiero; decididamente me quedo en su casa!

Pero, una noche, despertólo un ruido infernal

que promovían desde la calle golpeando las puertas de la tienda ; repicaban las campanas y ensordecían los pitos de los serenos : había un incendio, y la calle estaba llena de llamas y humo.

El horror y el espanto reinaban por doquier. La especiera, asustada y no dándose cuenta de lo que



El gnomo arrojóse sobre el libro que estaba abierto sobre la mesa... (Pág. 46.)

hacía, por salvar sus hermosos zarcillos, se los quitó de las orejas y se los guardó en el bolsillo. El hortera, menos turbado, arrojóse sobre sus títulos de renta, y la cocinera se apresuró a coger su manto de seda.

Cada cual procuraba salvar lo que tenía de más valor, y el gnomo, subiendo apresuradamente a la

buhardilla, precipitóse en ella para impedir que el famoso libro fuese pasto de las llamas. Vió al estudiante contemplando tranquilamente desde la ventana el incendio que devoraba la casa del vecino, pues, como no poseía nada, el joven no experimentaba las angustias que consumían a los demás.

El gnomo arrojóse sobre el libro que estaba abierto sobre la mesa, y, después de meterlo en su gorro colorado, lo agarró con ambas manos y encaramóse a la chimenea para observar los progresos del incendio y ver si necesitaba huir. Por fortuna, el devastador elemento disminuía ya.

Aquellas alarmas revelaron al gnomo cuanto necesitaba saber, y, desde entonces, su corazón perteneció al estudiante, al propietario del libro maravilloso, a la poesía.

Pero, dominado el peligro y recobrada la tranquilidad de espíritu, se dijo, algo avergonzado de sí mismo :

—Siempre el maldito arroz, el festín de Navidad... ¿Qué puedo hacer? Pediré al rey de los gnomos autorización para dividirme entre el especiero y el estudiante.

Esta idea, completamente egoísta, habría podido naturalizarlo entre los humanos.

EL LINO

Había un campo de lino, cuyas lindas florecillas, finas y delicadas como alas de mariposa, formaban una alfombra de magníficos colores.

La lluvia regaba la planta y los rayos del sol la doraban, a semejanza de lo que hacen las madres que, después de lavar a los niños, los besan, cuando son buenos.

—Dice la gente — exclamó el lino — que este año he brotado muy bien, que mi tallo es fuerte y alto y que serviré para hacer de mí una hermosa pieza de lienzo. ¡Qué suerte la mía! Soy la más feliz de las criaturas, porque tendré un destino honroso, y, mientras tanto, me regalo con la lluvia. ¡Cuánto provecho me hace el sol! Realmente, mi felicidad es única, increíble.

—Calla, calla — repuso la valla— ; no conoces a la gente ; no tienes, como yo, espinas para defenderte de los malos. Pronto tendrás que decir, como los chicos del país : «*Schnipp, schnapp, se acabó el cantar.*»

Al otro día brilló el sol, las nubes enviaron después una benéfica lluvia, y volvió a lucir.

—Ya ves que no se ha acabado — dijo el lino a la valla—, y me encuentro muy a gusto porque no hago más que crecer. ¡Mira qué bien se abren mis flores! No, nadie es más feliz que yo.

Pero, algún tiempo después, presentóse en el campo una multitud de gente que brutalmente agarró al lino y lo arrancó de raíz, lo que no le agradó mucho. Luego, lo zambulleron en agua como si pretendieran ahogarlo, y más tarde lo colocaron sobre el fuego como para asarlo. ¡Era horrible, espantoso!

—La felicidad no es duradera — pensó el lino—,

y es necesario soportar las pruebas de la vida, porque así es como se adquiere la experiencia.

Pero su sufrimiento fué cada vez mayor, porque sin miramiento ni atenciones volvieron a mojar el lino, y lo rasgaron con máquinas que le arrancaban todas las fibras. Cuando hubieron formado un montón informe, lo pasaron por una rueda que producía un ruido ensordecedor. El lino no tenía ya fuerzas ni aun para reflexionar en sus sufrimientos.

—He sido muy feliz — acabó por decirse—, y no todos pueden contar otro tanto. Se debe estar contento cuando se pueden recordar los placeres de que se ha disfrutado.

Al terminar de pronunciar estas palabras, salía de la máquina de tejer, y, cuando se detuvo la lanzadera, era una magnífica pieza de lienzo.

—¡ Se ha cumplido la predicción! — exclamó, vuelto en sí de su primera sorpresa—. No tenía mucha confianza, pero, afortunadamente, soy nuevamente feliz.

Cuando se encontró tendido sobre el verde césped en que se coloca el lienzo para que blanquee, le dijo a la valla :

—Ya ves que no tenías razón, y que no necesito cantar el *schnipp, schnapp*. La canción, lejos de concluirse, no ha hecho más que comenzar para mí. He sufrido, pero estoy recompensado con creces, porque ya soy un lienzo fino, sólido y blanqueo a ojos vistas. Esto vale más que ser una simple planta, y no siento ni aun mis florecillas. Entonces no



—¡ Viva el especiero ; decididamente me quedo en su casa ! (Pág. 44.)

recibía agua más que cuando al cielo le agradaba llover, y ahora me riegan regularmente dos veces al día, y me cuidan mucho; las muchachas de la casa me visitan y me vuelven todas las mañanas, y, ayer, la señora del burgomaestre afirmó que no había visto jamás una pieza de lienzo más hermosa. No es posible ser más feliz que yo.

Al fin, un día entraron el lienzo en la casa; lo hicieron trozos con las tijeras y, luego, lo recortaron más aún para picarlo con alfileres y coserlo con agujas. Estas operaciones le proporcionaron grandes sufrimientos; pero, qué alegría experimentó cuando la pieza de lienzo quedó convertida en una docena de camisas.

—Ahora comprendo — dijo el lino — para qué me cuidaban. Sirvo para algo muy útil, tengo conciencia del uso que hacen de mí y me considero doblemente dichoso. ¡Ved con qué esmero nos tratan, a las doce que somos, con qué cuidado nos arreglan en el armario, entre el espliego y el iris!

Pasaron algunos años, y la tela, después de haber prestado todos los servicios que podía exigirse de ella, concluyó por descoserse, romperse y deshilarse.

Entonces la hicieron mil pedazos para mojarla, reducirla a pasta, y, después someterla a otras preparaciones dolorosas, y se encontró transformada en papel blanco y satinado.

—¡Qué sorpresa, qué suerte! — exclamó el papel—. Ahora soy más hermoso y más fino que an-



...las muchachas de la casa me visitan... (P. 49.)

tes. Los hombres consignarán en mí sus hermosas ideas. ¡Qué honor, qué felicidad!

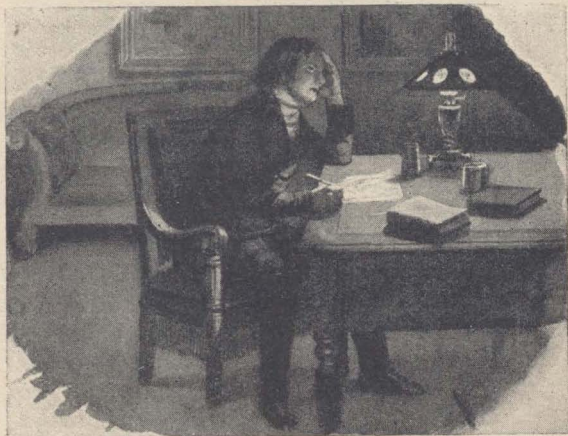
Y, efectivamente, el papel llegó a casa de un inspirado poeta que escribió en él magníficos versos y lindas historias, tan divertidas como morales.

—Realmente — se dijo el papel—, es más de lo que había soñado, cuando, siendo una planta, echaba florecillas. Ahora sirvo para distraer e instruir a los hombres. Dios me colma de felicidad. Cada vez que espero que la canción concluya, como dijo la valla, paso a vida mejor y más elevada. Ahora soy depositario de hermosas ideas, brotadas de la inteligencia de un hombre genial, y contengo tantas como florecillas había en el campo de lino.

El manuscrito fué enviado a la imprenta y las ideas consignadas en él pasaron a miles de libros que difundieron las deliciosas creaciones de la imaginación del poeta.

El manuscrito fué devuelto al autor, quien lo colocó en su biblioteca.

—Esta es una nueva fortuna para mí — comentó el papel— ; me guardan, me aprecian, me honran como un antepasado venerable, y eso soy efectivamente, porque los hermosos libros que reproducen los pensamientos que el poeta ha trazado sobre mí, ¿no son mis descendientes, mis hijos? Viajan a través de los mares y recorren los países ex-



„el papel llegó a casa de un inspirado poeta que escribió en él magníficos versos,, (P, 50.)

tranjeros ; pero yo que directamente he recibido la inspiración del autor genial, soy privilegiado, y disfruto mayor felicidad.

Pasaron largos años, y, como todo tiene término en el mundo, también lo tuvo la vida del poeta. El papel se puso amarillo ; pero esto no constituía un grave mal. Los herederos del poeta no apreciaban los manuscritos ya impresos que no podían producir nada, y los metieron en un tonel que había en la cueva, donde permanecieron cierto tiempo.

—No me desagrada — dijo el papel — poder reposar en un lugar retirado, cuando se ha cumplido una misión noble. Ahora que están juntos todos los hijos de la Musa del poeta famoso, puedo juzgar cuán glorioso ha sido para mí haber servido de instrumento a su genio ; pero, ¿cuál será mi suerte futura? Porque hasta ahora siempre he ido progresando, aunque, ¿qué suerte más hermosa que la que acabo de tener?

Algún tiempo después sacaron del tonel todos los manuscritos para quemarlos, porque no sabían qué hacer con ellos, y los herederos del poeta se avergonzaban de venderlos al especiero para que envolviera cominos y especias. Todos los chicos del barrio habían acudido a presenciar la hoguera.

Los manuscritos fueron, pues, arrojados al fuego, y ardieron sucesivamente ; y, cuando la llama cesaba, veíase el papel incandescente lanzar chispas. Los muchachos, que se divertían mucho con aquel espectáculo, cantaban, como se acos-

tumbra en Dinamarca, una canción cuyo estribillo era el siguiente :

«Esas chispas que se empujan,
se persiguen y atropellan,
son los niños bulliciosos
que han salido de la escuela.»

Luego, cuando la ceniza negreaba, y brillaba la



Todos los chicos del barrio habían acudido a presenciar la hoguera. (Pág. 52.)

última chispa, los muchachos gritaban bailando :

«Esa chispa que reluce
después de apagarse el fuego
y que va tras de los niños,
esa chispa es el maestro.»

Quemóse todo cuanto contenía el tonel, produciéndose una hoguera tan grande, que las llamas salían por la chimenea, mucho más altas que habían estado las florecillas de lino y más brillantes que la tela. Durante un solo momento las letras destacáronse con un color rojo más oscuro entre el resto del papel inflamado.

—Ahora voy a subir hasta el sol.

Si se hubiera escuchado atentamente, estas palabras habríanse podido oír pronunciar en medio de los chasquidos del fuego por miles de voces. Eran los átomos invisibles que habían formado el papel, revoloteando en los aires, más ligeros que la llama que los había separado.

Cuando todo se hubo quemado y se extinguió la última chispa, los chicos bailaron gritando :

«Schnipp, schnapp, se acabó el cantar!»

Pero los átomos invisibles que habían sido lino, lienzo y papel, cantaban también :

«Nunca acaba la canción,
y esta nuestra eterna vida,
es la dicha más cumplida
que existe en la creación.»

Los muchachos no oyeron este cántico ; pero, aunque lo hubieran oído, probablemente no habrían llegado a comprenderlo, lo que nada tiene de extraño, porque los niños no han de entender y saber todo.

EL HOMBRE DE NIEVE

—¡Qué frío más delicioso hace hoy! — exclamó el hombre de nieve—. Me resquebrajo de gusto. ¿Pues y el viento del Norte?... Estoy agradablemente aterido... Lo único que me molesta es esa brillante bola de fuego — agregó, designando el sol que se ponía—, que no cesa de mirarme; pero no me hará bajar los ojos.

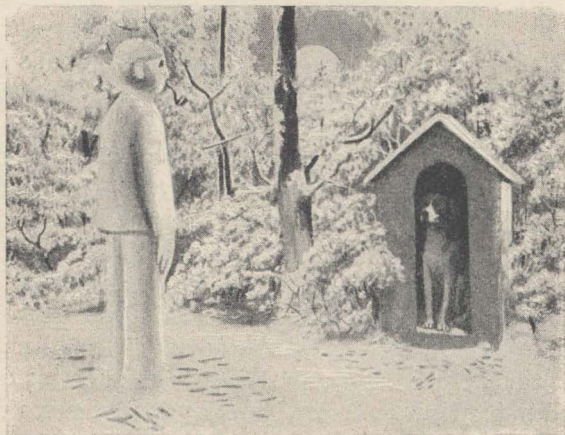
Y, efectivamente, los dos pedazos de carbón en forma de triángulo que tenía a uno y otro lado de las narices, no se movieron; continuó mostrando los dientes, que habían sido arrancados de una antigua quijada y que, por lo tanto, eran postizos. Cuando lo hicieron, había sido saludado por los gritos de alegría de una turba de colegiales, al mismo tiempo que resonaban los cascabeles de los caballos que tiraban de los trineos y los latigazos de los locuelos que los hacían galopar.

El sol se acostó, y brilló en el espacio azul la luna, hermosa y clara.

—Ya está ahí otra vez la bola brillante — dijo el hombre de nieve—; ha pasado por detrás. Le he enseñado a no mirarme con tanta obstinación, pero ya no me estorba, sino todo lo contrario, porque su luz pone de manifiesto todas mis perfecciones. Sin embargo, me mortifica el no poder cambiar de sitio, mientras que esa estúpida bola no está quieta un instante. Si yo pudiera moverme, iría gustoso a pa-

searme por el hielo y resbalar patinando como hacían antes los muchachos.

—¡ Güé, güé! —ladró un perro viejo que estaba atado en el patio, y que por haberse constipado no podía decir : ¡ Guau, Guau! —¡ Güé! El sol te enseñará pronto a andar y hasta a correr, porque, has-



ta ahora, todos los años he visto correr tus antecesores. ¡ Güé, güé! ¡ Todos se han marchado!

—No te entiendo, compañero — repuso el hombre de nieve—. ¿ Será la bola que está allá arriba la que me enseñará a moverme, cuando he sido yo quien la ha obligado a largarse hace un rato, cuando me miraba con impudencia? Se ha largado muy de prisa y en secreto ha vuelto por detrás.

—¡ Cómo se conoce que has nacido ayer! —respondió el perro—, aunque tienes en la boca una

enorme pipa, como los viejos. Has de saber que la bola que brilla ahora en el espacio es la luna, y la que brillaba antes era el sol. Volverá mañana, y te obligará a ir al foso, aunque esto quizá sea dentro de poco, porque va a cambiar el tiempo. Lo anuncia mi pata izquierda, que me agujijonea y me bulle. ¡ Güé, güé !

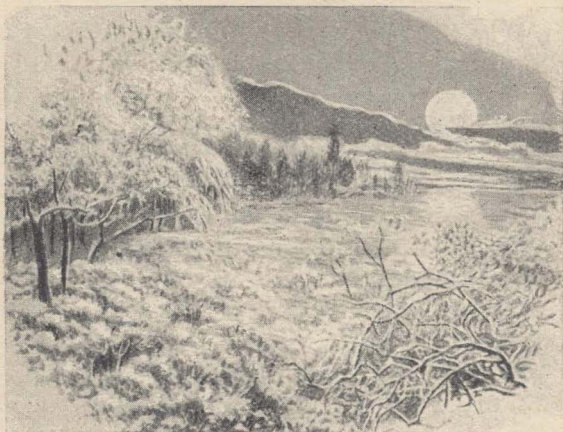
Y, dicho esto, revolvióse el perro tres veces sobre la paja y se enroscó para dormir.

—No comprendo bien lo que me ha dicho—pensó el hombre de nieve— ; pero seguramente es algo desagradable. De todos modos, advierto que no me había equivocado tratando de enemiga a la bola gorda que antes me mortificaba.

El tiempo cambió, efectivamente, y, al amanecer, toda la comarca estaba cubierta por una espesa niebla húmeda ; luego sopló un viento glacial, y la helada aumentó. Cuando la Aurora, para dejar paso al Sol, abrió las puertas del Oriente, el espectáculo que ofrecía la Naturaleza era sublime. Arboles y bosquecillo estaban cubiertos de escarcha ; por un lado semejava una inmensa telaraña, y por otro veíase como un banco de coral, cuyas ramas se enlazaban curiosamente ; después, seguía un campo de flores más blancas que los lirios, y con hilos más finos que el encaje. Eran también magníficos los abetos cubiertos de escarcha que se mecían dulcemente a impulsos del viento, formando reflejos y lindos cambiantes. Todo brillaba a la luz del sol, de tal modo que habría podido decirse que la tierra estaba cubierta de polvos de diaman-

te, viéndose además puntos como zafiros y rubíes, y una capa de nieve que relucía como miles de bujías.

—¡Qué espectáculo tan soberbio! — exclamó una joven que se paseaba en el jardín con un mozo—. No se ven en verano estas maravillas.



Arboles y bosquecillo estaban cubiertos de escarcha,.. (Pág. 57.)

—Y, además — agregó el joven designando al hombre de nieve—, no es posible regocijarse contemplando un chico como éste. Es perfecto en conjunto, y sólo le falta tener la pipa encendida.

La muchacha prorrumpió en una sonora carcajada y dirigió un ceremonioso saludo al hombre de nieve; luego, hizo una pirueta y la amable pareja

prosiguió su camino, haciendo crujir la nieve endurecida bajo sus plantas como cuando se tritura el almidón.

—¿Quiénes son esos dos personajes? — preguntó el hombre de nieve al perro de guardia—. No tienen mala cara, pero no son muy respetuosos. ¿Los conoces tú que, según dices, hace tanto tiempo que estás aquí?

—¿Pues no he de conocerlos? — respondió el can—. Ella me acaricia a menudo, y él me ha regalado más de un hueso succulento. Me guardaré bien de moderles. Son la señorita de la casa y su prometido. Allí construyen la casa donde han de vivir juntos.

—Pues no veo nada que se parezca a una casa— respondió el hombre de nieve—; seguramente estará detrás de mí y, como no puedo volver la cabeza... Pero, dime, ¿son gentes como tú y como yo?

—Amigo mío, ¡qué tonterías preguntas! — replicó el animal—. ¡Se conoce que has nacido ayer! Te he dicho que pertenecen a la familia de los amos; pero, lo repito, no se conoce el mundo cuando se es tan joven como tú. Yo tengo años y experiencia y sé perfectamente cuanto sucede en la casa, porque antes no estaba yo en el patio expuesto al frío, atado a la cadena. ¡Güé, güé!

—No hables mal del frío — dijo el hombre de nieve—, porque es lo más delicioso que hay en el mundo. La cadena que te sujeta no debe ser agradable, porque hasta el ruido que produce es mo-

lesto. En fin, cuéntame tu vida y tus aventuras.

—¡ Güé, güé! — repuso el perro—. Cuando era pequeñito, todo el mundo me encontraba muy mono. Estaba con los amos en las habitaciones; dormía muchas veces en un sillón dorado guarnecido de terciopelo; y la señora y las señoritas me besaban el sonrosado hociquito, y me limpiaban las



patas con pañuelos bordados, llamándome: «Amigo, querido amigo, dulce amigo». Pero, un día, pretextando que crecía mucho y que era muy grande, me regalaron a la doncella, y bajé a vivir en el piso bajo. Desde ahí puedes ver, al través de la ventana, el aposento en que he sido amo, donde, aunque no había tanto lujo como en el salón, estaba mucho mejor, porque los niños no venían

constantemente, como arriba, a jugar conmigo, tirarme del rabo, ponerme un gorro de dormir y darme mil bromas pesadas, y, en cambio, la criada me quería y mimaba mucho. La comida era también mejor; tenía un almohadón, y había un calorífero debajo del cual podía escurrirme. Allí he vivido los días más felices de mi existencia, y constantemente sueño con el calorífero. ¡ Güé, güé !

—¿ Es cosa tan hermosa un calorífero? — preguntó el hombre de nieve—. ¿ Se parece algo a mí?

—No; no se parece a ti. Es precisamente lo contrario. Un calorífero es negro como un cuervo, y tiene un cuello largo con un círculo de cobre; come madera, pero come tanta, que el fuego le sale por la boca. No tienes más que mirar atentamente y verás ese calorífero de mis sueños.

El hombre de nieve distinguió, en efecto, en el piso bajo un objeto brillante y pulido, de cuya boca salía un vivo reflejo. Este espectáculo conmovió al hombre de nieve, que preguntó:

—¿ Y por qué dejaste la casa?

—¡ Oh! Me sacaron de ella a la fuerza — respondió el perro—. Un día, el chico más joven de la casa, un demonio muy revoltoso, pretendió quitarme un hueso que apenas había empezado a roer, y le mordí hasta hacerle sangre. Gritó tanto, que me trajeron y me ataron aquí, como castigo, y aquí me han dejado, porque la doncella, mi protectora, murió y no ha podido favorecerme. Las intemperies me han estropeado mi hermosa voz y no puedo ladrar más que: « ¡ Güé, güé ! » Soy viejo y es-

toy ronco ; pero, de todos modos, no cambio mi suerte por la tuya.

Hacia ya rato que el hombre de nieve, absorto en la contemplación del calorífero, no escuchaba al perro. Aquel extraño objeto que, plantado sobre



...pretendió quitarme un hueso que apenas había empezado a roer... (Pág. 61)

sus cuatro pies, tenía la misma altura que él, le llamaba poderosamente la atención.

—¡ Cuánto me agradaría entrar en ese piso bajo —dijo—, y trabar íntimo conocimiento con el calorífero ! Todo mi cuerpo cruje de deseos y me complacería apoyarme sobre él.

—Nunca entrarás ahí — repuso el perro—, y es en bien tuyo, porque si solamente te acercaras al

calorífero, te desharías. ¡ Güé, güé ! La juventud tiene ideas insanas.

El hombre de nieve no se dejó persuadir, y pasó todo el día contemplando el calorífero. Cuando llegó la noche, vió la luz dulce y deliciosa que salía de la boca del calorífero y quedó encantado ; pero se abrió un instante la ventana, el fuego de color rojo reflejó sobre su blanco pecho, y el hombre de nieve exclamó :

—Es demasiada felicidad, no puedo soportarla y voy a morir.

La noche fué larga ; pero no para el hombre de nieve, que estaba absorto en sus ideas de porvenir. A la mañana del siguiente día, la ventana del piso bajo estaba helada y cubierta de arabescos y flores ; pero el hombre de nieve se puso de mal humor, porque los dibujos le ocultaban el calorífero.

—Mala señal para ti — dijo el perro—, si sigues pensando en lo que te ha de ser funesto. ¡ Güé ! El tiempo va a cambiar otra vez, y ahora es la pata derecha la que me escarabajea.

Al día siguiente, en efecto, llegó el deshielo, y el hombre de nieve disminuyó al mismo tiempo que el frío ; declinaba a ojos vistas ; su corpulencia se convertía en flaqueza, pero no se quejaba, lo que era un mal síntoma. Al fin, una mañana, se desplomó sobre sí mismo, dejando al descubierto un palo de escoba y un cubo viejo que había servido para echar carbón, en torno del cual los chicos habían amontonado la nieve.

—Ahora comprendo — dijo el perro — por qué

le inspiraba tanta ternura el calorífero ; tenía dentro de sí un cubo que había contenido carbón. En fin, su suerte se ha cumplido. ¡ Güé, güé !

Y aparecieron los mismos niños que, por juego, habían fabricado el hombre de nieve, saltando, brincando y cantando :

«Ya se marchó el invierno !
 ¡ Ya el verano volvió !
 ¡ El frío se ha acabado,
 El buen tiempo llegó !»

—Sí, sí ; ya llegó el buen tiempo — repitió la alondra.

—Sí, sí ; ya brilla esplendorosa la luz del sol— agregó el cuclillo que vivía en el bosque.

Y los niños, la alondra, el cuclillo y el perro, se olvidaron del hombre de nieve.

LECHE DE BURRA

La broma más sencilla, que sólo nos proporciona una alegría fugaz, ocasiona a veces graves disgustos que un momento de reflexión podría haber evitado, lo que demuestra que no debemos abandonarnos locamente a ninguna distracción sin pensar en las consecuencias que puede producir. El ejemplo siguiente servirá de útil enseñanza.

La señora Marta, viuda de un labrador pobre, habíase quedado sola en el mundo, sin otro apo-



—¡ Qué espectáculo tan soberbio! — exclamó una joven que se paseaba en el jardín... (Pág. 58.)

yo ni protección que los de la Divina Providencia.

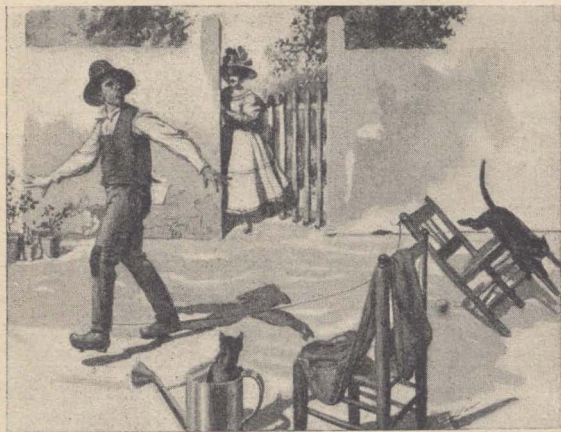
Sus únicos bienes de fortuna eran una casucha arruinada y un jardín de cuatro varas de terreno, y, como esto no producía lo suficiente para satisfacer sus necesidades, dedicábase la buena mujer a hacer los encargos que le confiaban algunos vecinos del pueblo, entre los que figuraban algunos propietarios de posesiones importantes. Uno de éstos era el dueño de la antigua abadía de Vallières, situada a dos leguas de Tours, en la carretera de Nantes.

Esta hermosa propiedad, desde la que podía contemplarse los dos soberbios ríos Loira y Cher en toda su belleza, pertenecía a la señora de Courcelles, viuda de un intendente militar que, muy estimado por sus jefes y subalternos, había adquirido fortuna suficiente para que su esposa pudiera vivir en posición desahogada y para dejar un buen dote a su única hija Celia.

La señora de Courcelles, cuyas virtudes y obras de caridad le habían conquistado las simpatías de cuantas personas vivían en los alrededores, tenía un carácter franco y una alegría comunicativa e inalterable. A estos admirables dones de la Naturaleza debía la resignación de que había dado pruebas al perder el esposo que adoraba; y su hija, a quien educaba ella misma, parecía tener las mismas inclinaciones e igual carácter.

Dotada de una imaginación viva y, en ocasiones, irreflexiva, Celia cedía fácilmente a las impresiones que recibía, por lo que cometía muchas faltas de las que no tardaba en arrepentirse, por-

que su corazón era bueno y cariñoso. Casi diariamente hacía alguna travesura a los habitantes de la posesión de su madre que, aunque al principio se reían, terminaban por cansarse, porque, efectivamente, es muy molesta la manía de dar bromas a todo el mundo, tomar a risa las cosas más serias y burlarse de todo. El exceso de alegría es



peor que la tristeza, y los graciosos de profesión que nos divierten durante algunos instantes, llegan a hacerse completamente insoportables.

Celia había dado con frecuencia bromas a la señora Marta que vivía a la entrada de la avenida de la abadía. La joven iba a la casa de la infeliz viuda, en las horas de asueto para hacerle cantar canciones antiguas del país o referir cuentos de

hadas y brujas que los sencillos aldeanos creían a pies juntillas y de los que Celia se reía a carcajadas, como persona instruída que no toma en serio semejantes paparruchas.

Las excursiones que Celia hacía a casa de la señora Marta menudearon más cuando llegó Rosina Berard, su amiga predilecta, y tan bulliciosa y alegre como ella. Habíala traído de París su madre que, necesitando ir a tomar baños de mar, había suplicado a la señora de Courcelles que se encargara de la joven, y aquélla había aceptado por proporcionar a Celia una compañera de juegos y diversiones.

Las travesuras que se vió obligada a soportar entonces la pobre Marta a las dos amigas inseparables fueron muchísimas ; pero la recompensaban espléndidamente haciéndole mil obsequios y confiándole numerosos encargos que Celia y Rosina, pagaban muy bien, aunque lo que más agradaba a la viuda eran la charla sempiterna, la inagotable alegría y las burlas frecuentes de las dos amigas, porque le recordaban la época feliz y lejana de su juventud.

Marta iba todas las mañanas a la ciudad de Tours a desempeñar los encargos que le confiaban, en una burra que la ayudaba a ganar la confianza de todos los convecinos. *Juana*, que así se llamaba la burra, parecía conocer la utilidad que prestaba a su ama ; jamás daba un traspié, se contentaba con alimento moderado, y diariamente volvía de la ciudad cargada con enormes fardos que en cierto mo-

do, ella misma dejaba en su destino, porque se detenía en las puertas de las casas cuyos moradores habían hecho algún encargo, y se acercaba a un escalón para que Marta, rendida de cansancio, se subiera sobre ella. Por esta razón, la bondadosa anciana quería a su burra como a una amiga íntima.

Era el único ser en el mundo a quien podía man-



dar ; pero *Juana* dió a luz un hermoso borriquillo negro y tuvo necesidad de permanecer dos semanas en el establo, lo que privó a Marta de ganar, durante este tiempo, lo necesario para su subsistencia, y a no ser por los restos de la cocina que *Celia* y *Rosina*, tan buenas como atolondradas, llevaban diariamente a Marta, ésta no habría podido soportar tan larga como forzosa holganza. Afor-

tunadamente *Juana* crió pronto al borriquillo y pudo volver a prestar servicio a su ama que, teniendo numerosos encargos, no tardó en recuperar el tiempo perdido.

Además, la señora de Harneville, parienta cercana de la señora de Courcelles, y esposa de un abogado célebre del tribunal real de París, acababa de salir de una enfermedad del pecho que había estado a punto de arrebatarle la existencia, y, siguiendo el consejo del médico, había ido a pasar el verano en el campo con objeto de tomar leche de burra que debía acabar de restablecerla.

Tan pronto como la señora de Harneville llegó a las tierras de la señora de Courcelles, donde se respiraba el aire puro y delicioso de la Turena, tomó los informes necesarios para procurarse el medicamento que necesitaba, y todo el mundo le indicó la burra que poseía la señora Marta, e inmediatamente fué llamada la pobre mujer, quien no tuvo inconveniente en ceder a *Juana* por treinta francos cada mes, y un asno para hacer sus encargos, a los que por nada en el mundo habría renunciado la anciana. Además se convino en que *Juana* y el borriquillo serían alimentados en la quinta, y si la leche de burra acababa de restablecer a la convaleciente, ésta recompensaría espléndidamente a la pobre Marta, quien creyó volverse loca de placer con la fortuna que acababa de entrársele por las puertas de su casa.

Treinta francos al mes, además de sus encargos y un asno nuevo a su disposición, eran una suma

tan fabulosa para la anciana viuda, que la recompensaba de la contrariedad de separarse, aunque sólo fuera temporalmente, de la dulce *Juana*, aunque, a decir verdad, sólo aceptó la proposición que se le hizo, con la esperanza de hacer algunas economías para pasar el invierno, que era duro, en



...creyó volverse loca de placer... (Pág. 69.)

general, porque faltaban el trabajo y los encargos. En efecto, cuando llegaban los primeros vientos fríos y los árboles se despojaban de sus hojas, casi todos los ricos propietarios volvían a la ciudad, no quedando en el campo más que los agricultores que no podían ayudar en nada a la mandadera.

¡Qué querida se le hacía la burra por el precio inesperado con que le pagaban la leche!

—No tendré necesidad — decía Marta — de implorar durante el invierno los socorros de mis vecinos, ni las limosnas del cura párroco, y, en cambio, podré comprar una pequeña provisión de leña y de harina, y quizá también una falda nueva para reemplazar ésta que tengo, y que ya es un puro andrajo.

Así es que, tan pronto como regresó de la ciudad e hizo sus encargos, corrió presurosa a la abadía a visitar a *Juana* que, al verla, empezó a rebuznar para demostrarle el placer que su presencia le causaba.

El pobre animal pedía también con sus rebuznos que le llevaran al borriquillo del que permanecía alejada la mayor parte del tiempo para conservar la leche; y la bondadosa mujer, conmovida por aquel instinto materno, soltaba al pequeño jumento que se apresuraba a tomar el alimento que la Naturaleza le destinaba; pero, apenas había absorbido algunos tragos y recibido las tiernas caricias de su madre, era inexorablemente conducido al establo separado, donde le daban, para contentarlo, afrecho mojado, leche cuajada y hierba fresca, procurando por todos los medios posibles, que el borriquillo sufriera lo menos posible por la privación forzosa que se le imponía.

La burra satisfizo, pues, sus vehementes deseos; y su leche, tan pura como abundante, suministrada mañana y tarde a la señora de Harneville, restableció como por encanto a ésta.

Habían pasado dos meses y Marta recibió ya tres

monedas de oro que conservaba con tanto mayor cuidado, cuanto jamás había poseído tan crecida suma ; pero, al finalizar el tercer mes, una broma de Celia y Rosina, cuya importancia no sospechaban, estuvo a punto de privar a la infeliz anciana del fruto de sus sacrificios y de una retribución tan necesaria en su desamparo.

Era indispensable, como ya se ha dicho, separar a *Juana* del pequeño jumento, que no soltaban hasta haber llenado el vaso de leche destinado a la señora de Harneville, y sólo hacia la mitad del día podía la pobre burra dar de mamar a su hijo y satisfacer su amor maternal, sentimiento tan vivo en los animales irracionales como en los seres mejor organizados. Un día que *Juana*, tan bien cuidada como de ordinario, entró en el establo, dispúsose Marta a ordeñar el vaso de leche que ella misma servía a la señora de Harneville, e imagínese la sorpresa que experimentaría la anciana al no obtener más que algunas gotas ; pero cuando su asombro no tuvo límites fué al ver que *Juana*, tan mansa y afable siempre, se agitaba y daba muestras de mal humor. En vano trató la pobre mujer de acariciar a su querida *Juana*, en vano le presentó un puñado de avena, porque, tan pronto como pretendía ordeñarla, enfurecíase el animal y empezaba a dar coces.

Por vez primera desde hacía dos meses, la señora de Harneville no pudo aquel día beber su benéfico vaso de leche, lo que la contrarió.

—Debe ser un capricho de la burra, porque esos

animales son muy testarudos. Me pasaré hoy sin leche — dijo.

Efectivamente, a la mañana siguiente pudo la señora beber un vaso lleno hasta los bordes ; pero, por la tarde, nueva abstinencia : la burra estaba tan exhausta como la víspera. Inquietó a Marta tan



...tan pronto como pretendía ordeñarla, enfurecíase el animal y empezaba a dar coces. (P. 72.)

extraordinario suceso, cuya causa no podía adivinar, pues no podía ocurrírsele que Celia, secundada por Rosina Berard, se entretenía en soltar al borriquillo del establo en que estaba y dejarle mamar tanto como se le antojaba.

Hacía mucha gracia a las dos jóvenes el ver lo confusa que se quedaba la anciana Marta cuando

llegaba con el vaso en la mano, para ordeñar la burra, y ésta no le daba más que coces. Ocultas en un rincón de la cuadra, reíanse y aplaudían la broma que daban a la pobre vieja, sin pensar en el disgusto que le podían ocasionar haciéndole perder la recompensa prometida y el precio de la burra.

Efectivamente, obligada la señora de Harneville, por el estado de su salud, a tomar leche de burra dos veces al día, ocupábase ya en buscar otro animal que substituyera a *Juana*, con gran sentimiento de Marta, que temía verse privada de una remuneración que debía asegurarle el bienestar durante el invierno.

—Además — pensaba la bondadosa mandadera—, si *Juana* se vuelve estéril, me veré obligada a venderla por un pedazo de pan; pero, entonces, ¿cómo me arreglaré para hacer los encargos? Desgraciada de mí, que tendré que vivir de limosna o irme a acabar mis días a un hospital.

¡Cuántos males puede ocasionar una simple broma inconsiderada!

Rosina y Celia, comprendiendo entonces toda la importancia de la falta que habían cometido, y no pudiendo soportar la idea de ocasionar la ruina de la pobre Marta a quien tanto querían, resolvieron revelar su secreto y descubrir la broma de que habían hecho víctima a la anciana, pues, a pesar de la vergüenza que les costaba hacer esta confesión, las dos jóvenes, que en el fondo, tenían buenos sentimientos, no se atrevieron a llevar su falta más adelante.

La señora de Courcelles, al informarse del suceso, reprendió vivamente a las culpables y, como castigo, obligó a su hija a que entregara a la pobre Marta la cuarta parte de la pensión mensual que recibía para sus caprichos; y la señora Bernard, que había vuelto de los baños, impuso la misma reparación a Rosina.

Aquella misma tarde, la burra, que no había dado de mamar al borriquillo, proporcionó a Marta el placer de llevar a la señora de Harneville un vaso lleno de leche. La salud de esta señora se restableció por completo, y, además de los treinta francos mensuales, Marta recibió cinco monedas de oro que, con sus economías y las multas impuestas a Celia y Rosina, formaron un modesto capital, que por la broma de las jóvenes había estado a punto de perder la anciana.

Desde entonces, siempre que a Celia y Rosina se les ocurría dar alguna broma a los habitantes de las tierras, reflexionaban detenidamente para apreciar la consecuencia que podía acarrear, concluyendo por abstenerse, diciendo :

—¡ Recordemos la leche de burra !

BOUILLY.

FIN

El Cuervo y el Zorro

Un cuervo se llevó en el pico un queso que una campesina tenía puesto a secar en la ventana y se posó con su rapiña en la rama de un árbol. La zorra, que había visto todo esto, se ingenió para quitarle el queso al cuervo, y plantándose frente a él le dijo : « ¡ Qué hermoso eres ! ¡ Cómo te reluce el plumaje ! No hay otra ave de tan espléndi-



da belleza ni tan arrogante figura. ¡ Lástima que no sepas cantar como los ruisseñores, porque entonces no habría quien pudiera compararse contigo ! » Engreído el cuervo por los elogios, quiso cantar, y al abrir el pico se le cayó el queso, que la zorra se apresuró a engullir a la vista del bobalicón cuervo.

La lisonja es una alabanza hipócrita que perjudica gravemente a quien hace caso de ella.

SAMANIEGO.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

Un Oso con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de per-
[sona,

Dijo á una Mona: ¿Qué tal?
Era perita la Mona,
Y respondióle: Muy mal.

Yo creo, replicó el Oso,
Que me haces poco favor.
¿Pues qué, mi aire no es
[garboso?

¿No hago el paso con pri-
[mor?

Estaba el Cerdo presente
Y dijo: ¡Bravo! ¡bien va!

Bailarín mas excelente
No se ha visto, ni verá.

Echó el Oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademán modesto
Hubo de exclamar así:

Cuando me desaprobaba
La Mona, llegué á dudar;
Mas ya que el Cerdo me
[alaba,

Muy mal debo de bailar.

Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba,
[malo.

Si el necio aplaude, peor.

IRIARTE.



nr. 29139

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
El último sueño del roble.	5
Ahora habla el rayo de sol... ..	15
El bisabuelo... ..	19
La pluma y el tintero... ..	28
La familia dichosa... ..	33
El gnomo y el hortera.	38
El lino... ..	46
El hombre de nieve.	55
Leche de burra... ..	64

AUTORES DANESSES
LITERATURA INFANTIL CUEN

Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.